



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12551

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—(1) a mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjeros.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Administración y Redacción, Mayor 24

MIÉRCOLES 9 DE SEPTIEMBRE DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cauvatin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

¡Qué barbaridad!

La prensa de provincias nos trae hoy un racimo de crímenes.

La crónica negra padece enfermedad de crecimiento; no parece sino que los castigos impuestos por los jueces á los criminales, tienen la virtud de extender aquello que se quiere extirpar.

Entre los delitos llamados pasionales y los que se originan por la mala educación del individuo, sus vicios ó sus malas costumbres, no pasa día que no quede manchado de sangre el suelo nacional.

Hojeando la historia del crimen que va escribiendo la gente desalmada con la punta de la navaja ó la boca del revolver, se saca esta impresión: no hay día que no alumbrase la entrada de un hombre en el presidio y la caída violenta de otro hombre en la tumba.

Y si fuese uno solo! Pero no, son mas. Por docenas diarias se cuentan los delitos de sangre y por docenas entran también los homicidas en los establecimientos penales.

Cualquiera que cojera el censo y lo ojeara, diría que la causa de esa criminalidad reside en la ignorancia de los millones de españoles que no saben leer, en los analfabetos; pero si no es posible rechazar en absoluto esa opinión, hay otras circunstancias igualmente culpables, que contribuyen de un modo poderoso á mantener constante y á veces aumentada, como ahora, la criminalidad.

¿Será el jurado con sus frecuentes y extraños veredictos? ¿Será el caciquismo influyendo para sus-

traer de la pena al malvado que priva de la vida á su prójimo? ¿Será la imprevisión olvidando que existe una ley prohibitiva del uso de armas á menos que quiten las use cumpla ciertas condiciones? ¿Será...?

Sí, es todo eso. El delito de sangre está á la orden del día en todas las regiones; pero, se ve que su desarrollo es mayor allí donde impera el caciquismo. Y esto prueba lo que hemos dicho antes: que no es la ignorancia la sola causa de esos crímenes estupendos que á diario manchan de sangre el suelo de la patria.

¿Será que no obra con eficacia la sanción, que no hay ejemplaridad en la pena?

Sin duda; si la hubiera, no habría cada Viernes Santo diez ó doce reos en que ejercer la gracia de indulto, aparte los que, por razones que tendrán los ministros para no aconsejar el perdón, reciben el fallo de una ley terrible, espian do sus crímenes en el patíbulo infamante.

Esto tendrá seguramente su remedio, pero no se le busca á la calentura del delito la quinina eficaz que la haga remitir. Y así ocurren en la capital de la península esas catástrofes diarias en que pierden la vida débiles mujeres apuñaladas por barbaros hombres; y sale, á la calle en Salamanca un matrimonio en son de desafío y caen muertos en la acera marido y mujer; y echa al Guadalquivir un hombre á otro partido en dos pedazos; y mata de dos puñaladas un salamanquino á un su paisano porque no le quiso obsequiar con unas copas; y se arranca la vida á un pobre hombre —también de Salamanca— por la enorme ofensa de mediar en una

riña para impedir que se mataran tres hombres; y mata á puñaladas un barbaro pastor al jefe de los municipales de la capital aragonesa; y...

El punto final de esta serie de actos de feroz salvajismo es lo más estupendo que puede imaginarse. Un hijo que abofetea á su madre porque estaba bailando.

¡Qué barbaro, verdad?

Pues no es eso solo. Tras de abofetearla la mató de varias cuchilladas.

Ella le dio la vida y él se la quitó.

Antipática es la pena de muerte; pero...

Falta algo aquí que acabe con este desbordamiento de criminalidad. Educación, sanción penal, sistema penitenciario, lo que sea.

Hace falta algo.

TIJERETAZOS

Lo de los Balkanes no tiene compostura. Ni los amigables componedores que padieran concurrir si quisieran á solucionar este asunto pueden hacer nada de provecho ni está la Magdalena para tafetanes.

En primer lugar, esos amigos no quieren meterse á redondeos por si los crucifican. Además, ¿qué van á componer?

¿Los Bancos de Salónica?

¿Los cuarteles de Monastir?

¿Las aldeas quemadas por los turcos?

¿Lo destruido por la dinamita macedónica?

De todo eso queda lo que del templo de Salomón: ni piedra sobre piedra, y para componerlo serían más eficaces unos cuantos tajos de albañiles que las naciones europeas.

¿Qué saben éstas de amasar yeso y armar ladrillo?

En cuanto á lo de componer voluntades, tampoco tienen herramientas las naciones

para hacer esa obra, ni se las procuran.

Sin duda esperan que los turcos hagan con los macedonios lo que hicieron los americanos con las pieles rojas ó que los segundos pasen á los primeros á cachillo.

O tal vez que se destruyan ambos, dejando el país en que moran para que lo conquisten.

Y de que á eso tiran turcos y macedonios no hay duda posible según la prisa que se dan á destruir.

Es tan cómodo coger la breva cuando se cae del árbol...

Sin embargo tiene sus peligros.

Que la que vaya á cogerla le corten la mano.

Y como tiene tantos golosos la breva de Turquía...

Al rey de Servia le resulta el trono cual si tuviese espaldas.

No ha hecho más que ocuparlo y ya no encuentra cómoda postura.

¿Tomará parte en el complot contra los reyes Alejandro y Dragut?

Si fué así nos explicamos bien lo que le ocurre.

¡No es nada lo del ojo!

Que lo apedreen sus súbditos y que le han dado con un proyectil en la cara.

¡Y hay quien dice que no hay providencia!

UN ALMUERZO

Los jefes y oficiales del cuerpo administrativo de la Armada reunieron, ayer en el Miramar de San Bernardo, propiedad de uno de sus compañeros, y el mejor, más pintoresco y más favorecido balneario de nuestro puerto, para almorzar juntos y cambiar entre sí esas afectuosas impresiones y alegres frases propias de buenos amigos.

El cuerpo administrativo de la Armada quiso dar un banquete al director del mismo, intendente general D. Leandro Saralegui, á su paso por esta población, cuando hace pocos días vino á ella acompañando al señor Ministro de Marina. El escaso tiempo que permaneció en esta población le impidió y puede decirse que el ban-

quete de ayer fué dedicado por todos los que concurrieron, que eran 60 próximamente, á analizar á su intendente general, á quien respetan y quieren, reconociendo sus admirables dotes de inteligencia, su afin al estudio, la aptitud de su trato, la severidad, justicia é imparcialidad de sus actos, su amor acendrado á la Patria y á la Marina, y en una palabra, al que como escritor es un perfecto literato, como hombre es un cumplido caballero, y como jefe de administración es una figura sobresaliente, más que por su alta graduación, por sus condiciones especiales y firmes conocimientos.

No hubo brevidad y á falta de ellos, el comisario del Cuerpo, D. Valentín Arroniz, dió lectura, á la siguiente composición, que por la síntesis del pensamiento de todos, fué muy aplaudida:

Ráfagas imponentes y atorradoras llenaban de tormentas nuestro destino.

Parecían llegadas las tristes nornas que presagian la muerte, que abrumadoras cierran á la esperanza todo camino.

En obscuro horizonte solo negruras, en nuestro seco oasis nunca una paloma, las glorias transformadas en desventuras, un conjunto de penas y de amarguras que llevábamos todos dentro del alma.

Proscio de discordia, nuestros acentos pérdida envenenaba; solo se oían quejas, dudas, tristezas y desalentos...

¡Vientos eran de muerte, los rudos vientos que á un seguro naufragio nos impellian!

En vano nuestros ojos iban buscando mar de tranquilas ondas, mar de bonanza, timonel que, á la nave dirección dando, venciendo las tormentas, fuera llevando los náufragos al puerto de la esperanza;

¡Qué sombras son eternas! Tras los ce-

(lajes brillan del sol lucente los resplandores, de la marina niebla, tras los encajes, lucen y reverberan los oleajes, muestra el iris sus tintos multicolores.

Siempre hay entre tinieblas algo que

(brilla; del mar en las negruras siempre hay un

(faro; si hay timonel que viva bien la barguilla, ¿quién no verá su barea ganar la orilla?



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.^a



50 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

gamos al corral que acababa de adquirir y le pregunté si le había costado mucho.

—¡Oh! ¡Oh!—exclamó,—¡la tierra vale un ojo de la cara y no se saca nunca por ella lo que ha costado!

—Entonces, ¿por qué la compráis?—exclamé yo con mi inesperienza infantil.

—¡Una locura, hijo mio, una verdadera locura.

—¿Y os ha costado muy caro?

—Ya lo creo, y sin embargo, el propietario que me ha vendido esos cuatro terrones no los aprovechaba: los utilizaba tan pronto uno tan pronto otro, pero cuando se ha tratado de venderlo, cualquiera hubiera dicho que ahí se habían enterrado sus parientes y nada le parecía bastante.

—Y al fin habéis consentido en darle por él...

—Sí, sí, nosotros los que vivimos de la labranza, preferimos ir en camisa por tener cuatro terrones más: una manía sobrina, una verdadera manía! porque el dinero que se guarda en casa siempre tiene su valor, y el que se confía á la tierra está sujeto á que lo derrita el sol ó le pierdan los hielos... ¡Cuesta mucho la tierra y no produce siempre!

—Y habréis pagado mucho por este terreno—insistí yo.

—Mucho, hijo, mucho!

—¿Pero cuánto?

DOS MISERIAS

51

—Mucho más que me darían si tratara de venderlo.

—¿Pero qué suma, en fin?

—Lo que me habian pedido, sin obtener la más pequeña rebaja, y ahora tengo que dedicarme á labrarla, á cultivarla sin saber lo que de ello sacaré... Bien dicen que comprar la tierra es comprar fatigas y sudores!

El astuto aldeano, eludiendo mi pregunta, empezaba á divertirse y de nuevo me disponía yo á preguntarle el precio de su tierra cuando un hombre apareció dando el brazo á una señora.

—¡Es Mr. Figel!—dijo mi tío.

—¡O!a, bien, bien, padre Minart!—dijo el recién llegado.

—¡A vuestro servicio!—dijo mi tío,—y la señorita Rosalia está siempre buena?

—Como vés.

Mi tío se permitió algunas bromas un tanto picantes que fueron oídas por los recién llegados con más jovialidad de la que parecía natural; después señalándonos con la vista Mr. Figel preguntó:

—¿Quiénes son ese anciano y ese chico?

—Parientes míos, señor: mi cuñado y mi sobrino; han venido hoy por casualidad...

—Está bien, nos ayudará á despachar la comida, —interrumpió Figel.— Padre Minart, calidad de que

54 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

le iba confiando insensiblemente mis más caros pensamientos. Pareció interesarse por mí, y cuando nos levantamos de la mesa se acercó á mi padre y le dijo:

—No os inquietéis ni escribáis más memoriales para sacar á vuestro hijo una plaza en el colegio: yo me encargo de su instrucción.

Yo lancé un grito de asombro.

—Hé aquí las señas de mi casa,—exclamó,—venid á verme mañana al medio día.

Mi padre quiso confundirse en testimonios de gratitud, y Mr. Figel le interrumpió:

—No me deis las gracias, lo que yo hago está en mi propio interés, vuestro hijo me agrada y yo os prometo dejarle si las acciones que le preparo me cansan ó no nos dan resultado. Lo hago por proporcionarme este placer y no admito que me deis las gracias. Mis días pasan en la ociosidad, no tengo á nadie á quien hablar, he formado el proyecto de reparar mis autores favoritos, y es una excelente ocasión de haceroslos conocer á vuestro hijo. Que venga mañana y hablaremos pues.

Al día siguiente, y á la hora indicada, estaba yo en casa de Figel.

Le encontré en una habitación ricamente amueblada, pero cuyo desorden me sorprendió. Todas las sillas estaban ocupadas por libros, gastos ó vestidos de